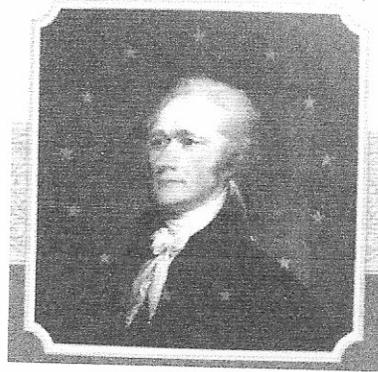

HAMILTON vs. WASHINGTON

CLIFFORD J. HENDEL



INTRODUCCIÓN

CUALQUIER DEBATE ACTUAL sobre la relación entre Alexander Hamilton (Nieves, Islas de Sotavento Británicas, 1755-Nueva York, 1804) y George Washington (Popes Creek, Virginia, 1732-Mount Vernon, Virginia, 1799), y la medida en que el éxito y la notoriedad de este último dependió del primero, debe partir de la biografía superventas sobre Hamilton escrita por Ron Chernow en 2004.

Y no solo porque esta sea la biografía más completa y erudita de Hamilton, sino porque la obra de Chernow sirvió de inspiración para la creación de *Hamilton*, el musical de Broadway más popular de los últimos tiempos, cuya composición y letra es obra de Lin-Manuel Miranda, quien incluso encarnó al protagonista en las primeras representaciones.

Hamilton difirió de los otros «padres fundadores» en numerosos aspectos importantes: en primer lugar, fue un hombre hecho a sí mismo y un inmigrante, nacido en el seno de una familia pobre y desestructurada en una isla caribeña; nunca fue presidente, debido a que su carrera política estuvo salpicada por una relación adúltera; y su vida se vio truncada a la temprana edad de 49 años, al caer en duelo con nada menos que el vicepresidente de los Estados Unidos.

De hecho, si el típico escolar estadounidense (antes de la irrupción del tándem Chernow/Miranda, claro) ha escuchado hablar de Hamilton se debe a las circunstancias de su muerte y quizá al hecho de que su imagen aparece en el billete de diez dólares como reconocimiento a su labor como primer secretario del Tesoro estadounidense. Sus aportaciones extraordinariamente valiosas a la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos (1775-1783), a la elaboración y notificación de la Constitución estadounidense (1789) y durante toda la presidencia de Washington (1789-1797) no han sido reconocidas suficientemente. Como observó uno de sus biógrafos más importantes en 1999, Hamilton «no es que sea un hombre olvidado en absoluto, pero su reputación, pese a estar muy establecida, no refleja la realidad».

Pese a todo esto, gracias a la erudición académica de Chernow y la altura artística de Miranda, los logros y las complejidades de Hamilton le han devuelto la relevancia histórica que merece, revelando su condición (en palabras de los críticos de la biografía de Chernow citadas en las primeras páginas de la obra) de «niño prodigio de la política estadounidense en sus comienzos», «el padre fundador que más contribuyó a crear los Estados Unidos modernos», «el hombre que plantó las semillas» y que se convirtió, junto a Washington, en «fundador indispensable de los Estados Unidos».

Chernow y Miranda también ayudan a aclarar la relación entre Washington («la figura más difícil de definir en la historia estadounidense, un personaje distante y enigmático, más admirado que verdaderamente amado», «un hombre con un control férreo de sí mismo y ajeno a toda espontaneidad, que [...] [desde la infancia] tuvo problemas para controlar y ocultar sus emociones más profundas») y Hamilton, su «mano derecha» en tiempos de guerra y de paz.

En este capítulo, a partir de escenas del musical de Broadway, se ilustrará la relación de naturaleza simbiótica y complementaria entre el lacónico Washington y el volcánico Hamilton, y se mostrará que, si bien Washington era el «hombre indispensable» para la nueva república norteamericana, Hamilton fue el «hombre indispensable» para Washington, conformándose así una relación de gran dependencia mutua.

«MANO DERECHA» DE WASHINGTON EN TIEMPOS DE GUERRA Y PAZ

Hijo ilegítimo, de formación esencialmente autodidacta y huérfano desde los 14 años, Hamilton, con tan solo 17, fue enviado por empresarios locales de la isla caribeña de Santa Cruz (admirados de su capacidad para el trabajo como empleado en una empresa caribeña de importación/exportación y su talento para la escritura, como demostró en su famoso relato de los efectos del huracán de 1772 en la isla vecina de Nieves donde nació) para ser educado en Norteamérica. Tras matricularse en el King's College de Nueva York (la actual Columbia University) en 1773, se planteó servir en el ejército para participar en la revolución en ciernes como un peldaño importante para el ascenso social. No tardó en afiliarse a la causa prerrevolucionaria, convirtiéndose en un polemista y orador vigoroso y efectivo para la misma. «Haciendo gala de un *savoir faire* aristocrático impropio de sus orígenes, Hamilton se transformó a sí mismo a una velocidad asombrosa, pasando de ser un marginado de las islas a una persona importante en círculos revolucionarios».

A medida que crecían las hostilidades entre los británicos y los colonos, inicialmente en la zona de Boston, Hamilton — «ese intelectual atípico capaz de blandir un mosquete con la misma destreza que una pluma» — se unió a una milicia local en Nueva York, interrumpiendo así sus estudios universitarios antes de la graduación durante la ocupación británica de esta ciudad (aunque siguió estudiando historia y tácticas militares con gran dedicación por su cuenta).

En lo que constituye un ejemplo de su precoz genio militar («una capacidad excepcional para tomar decisiones de forma intuitiva»), el Hamilton estudiante ya adelantó la estrategia militar oportunista que acabaría derrotando a los británicos cuando escribió que «la mejor política sería acosar y agotar a los soldados [británicos] con frecuentes escaramuzas e incursiones, y no enfrentarse a ellos en campo abierto».

Resulta significativo que esta era también la estrategia de Washington, el comandante en jefe de 45 años del ejército continental, un cargo que aunaba las responsabilidades que típicamente se atribuyen al presidente, secretario de defensa y secretario de asuntos exteriores. «Encadenado a su escritorio para poder atender a la numerosa correspondencia, Washington vio cómo se estaba convirtiendo, sin quererlo, en un burócrata. Necesitaba delegar en alguien que fuera un buen escribano

y que además pudiera intuir las respuestas que él mismo daría». Una vez le pusieron al tanto de las proezas de Hamilton en el campo de batalla en Trenton y Princeton, en enero de 1777 Washington invitó al joven prodigio, capitán de artillería a los 22 años (una trayectoria curiosamente similar a la de Napoleón, aunque este era un poco más joven), a servir para él como ayuda de campo.

Pese a que inicialmente se mostró remiso a cambiar su mosquete por una pluma (y abandonar sus planes de alcanzar la gloria militar en el campo de batalla), Hamilton aceptó el puesto y ocupó el cargo de ayudante jefe de Washington durante cuatro años. En palabras de los personajes de Miranda:

«Washington: Dying is easy, young man. Living is harder.

Hamilton: Why are you telling me this?

Washington: I'm being honest. I'm working with a third of what our Congress has promised. We are a powder keg about to explode. I need someone like you to lighten the load... We are outgunned, outmanned.... outnumbered, outplanned....

Hamilton: ...I'll rise above my station, organize your information 'til we rise to the occasion of our new nation».

Y así fue cómo nació el fabuloso equipo formado por Washington y Hamilton, siguiendo este joven su fulgurante carrera durante la guerra para pasar de secretario personal a un puesto parecido al de jefe de personal, e incluso *alter ego*, del comandante en jefe (que, como líder político y militar de los patriotas, actuaba como una especie de presidente *de facto*) y, más adelante, durante la presidencia de Washington, a «primer ministro oficioso».

«La relación entre Washington y Hamilton tuvo tal importancia en los albores de la historia estadounidense que es difícil concebir sus trayectorias por separado. Los dos hombres tenían talentos, valores y opiniones complementarios que sobrevivieron a las numerosas tensiones surgidas durante sus veintidós años de colaboración. Washington poseía un juicio certero, una personalidad brillante y la determinación necesaria para servir de guía a su, en ocasiones, díscolo protegido: era consciente de que Hamilton tenía un carácter volátil y necesitaba a alguien que lo contuviera. Por su parte, Hamilton aportó profundidad filosófica, competencia administrativa y amplios conocimientos sobre política, algo que nadie del entorno de Hamilton fue capaz de igualar

nunca. Era capaz de transformar ideas imprecisas en planes detallados, y sueños verdaderamente revolucionarios en realidades perdurables. Como equipo, eran invencibles y mucho más que la suma de las partes».

Tanto en tiempos de paz como de guerra, los talentos complementarios de este dúo se emplearon provechosamente gracias a su visión común sobre los temas más importantes, en particular, a su preferencia firme por un poder federal robusto.

El mejor ejemplo de esto fue la convocatoria, el desarrollo y las repercusiones de la Convención Constitucional de 1787: «[...] una asamblea de semidioses» reunida en Filadelfia durante un mes con el fin de elaborar un programa de gobierno más viable que la confederación laxa establecida por los Artículos de Confederación vigentes desde los días de la revolución, ratificados por los 13 estados originales en 1781, y que no permitían al Congreso recaudar impuestos o pedir fondos a los estados. Hamilton integraba la delegación de Nueva York (a la que fue designado por su poderoso suegro, Phillip Schuyler) y Washington era el líder de la delegación de Virginia y, a la postre, el presidente de la convención elegido unánimemente y, en tal condición, el futuro presidente del país si la convención lograba ser ratificada.

Nadie tenía mayor influencia que Hamilton para convocar la Convención Constitucional o gozaba de más crédito para posteriormente lograr la aprobación de su fruto, la Constitución estadounidense. «[...] Nadie luchó con más esfuerzo o eficacia por la nueva Constitución que Hamilton, que nunca dudó en apoyarla».

No existe en los Estados Unidos ningún juez, abogado o estudiante de derecho que no esté familiarizado con una serie de artículos elaborados con el fin de convencer a los votantes de Nueva York (estado cuyo apoyo vaticinaba crucial) para que ratificaran la Constitución. Se trata de *El Federalista* (*The Federalist Papers*), que se considera «la obra de ciencias políticas más importante de la historia [...] de Estados Unidos [...], y el estudio pionero y más influyente (incluso hoy en día) sobre la Constitución. [...] *El Federalista* se ve solo superado por la Declaración de Independencia y la propia Constitución como uno de los textos sagrados de la historia política estadounidense, reconocido no solo por articular de forma brillante la defensa de un estatuto concreto, sino también por reflejar realidades intemporales sobre los gobiernos constitucionales».

Escrito y publicado por tres hombres (Hamilton, James Madison y John Jay) bajo el seudónimo colectivo de *Publius*, es Hamilton «quien debe considerarse en todo caso el mago político que engendró a *Publius*». Tal como relata el Aaron Burr de Miranda antes de preguntar retóricamente «*How do you write like you're running out of time? Write day and night like you're running out of time?*» «*The plan was to write a total of 25 essays, the work divided evenly among the three men. In the end, they wrote 85 essays, in the span of 6 months. John Jay got sick after writing 5. James Madison wrote 29. Hamilton wrote the other 51*».

La genialidad política de Hamilton, plasmada en *El Federalista*, se debe a su talento y energía sin parangón. Así lo describe Chernow:

«La cabeza de Hamilton siempre funcionó a una velocidad sobrenatural. Su obra escrita es de una magnitud tan extraordinaria que cuesta creer que fuera elaborada por un solo hombre en menos de cinco décadas. Las palabras eran su principal arma. [...] Sus escritos demuestran que, a la manera de Mozart, era capaz de plasmar pensamientos complejos sobre el papel sin necesidad de grandes revisiones después. En otras ocasiones, retocaba su prosa con fines estilísticos, pero esto no obstruía la progresión lógica de sus pensamientos. Escribía a la velocidad de una mente primorosamente organizada que digería las ideas a fondo, encajándolas en las casillas adecuadas para después sacarlas a la luz cuando lo requería la ocasión».

El Federalista, además de desempeñar un papel fundamental para la crucial tarea de lograr la aprobación de la Constitución por el estado de Nueva York, también sentó las bases para el desarrollo de la jurisprudencia en las siguientes décadas e, incluso, siglos, en cuanto a la interpretación de este documento —breve, pero en ocasiones ambiguo e incluso contradictorio— de manera compatible con un gobierno efectivo (aunque dividido) caracterizado por el estricto equilibrio de poderes que tan magistralmente supo consagrar.

Resultaría difícil exagerar la importancia de *El Federalista* en la historia constitucional (y general) de Estados Unidos. De no haber existido, Washington quizá no habría alcanzado nunca la presidencia; y, una vez asumida, tanto él como sus sucesores podrían haberse visto amordazados a la hora de definir el alcance y la forma de ejercer los poderes federales.

Por todo esto, tanto en tiempos de paz como de guerra, Washington puede dar las gracias a su «mano derecha».

PRESIDENCIA DE WASHINGTON. BATALLAS DEL GABINETE 1 Y 2

Washington ocupó el cargo de presidente durante dos mandatos de cuatro años. En este tiempo, como es lógico, concedió un papel importante a su mano derecha, nombrando a Hamilton, con 32 años en ese momento, para el importantísimo cargo de secretario del Tesoro. Con el mayor departamento gubernamental bajo su supervisión (aunque solo tenía 39 empleados al comienzo de la presidencia de Washington en 1797, un número sensiblemente inferior a los trabajadores empleados por Washington en su hacienda de Mount Vernon en Virginia), la variedad de intereses y aptitudes de Hamilton lo acercaron a otros aspectos del gobierno, especialmente los asuntos exteriores, lo que le granjeó una enemistad de por vida con el primer secretario de Asuntos Exteriores, Thomas Jefferson.

Tal y como observa Chernow:

«Ningún otro momento de la historia estadounidense habría sido más propicio para que Hamilton desarrollara sus numerosos talentos. El nuevo gobierno era una *tabula rasa* sobre la que podía trazar planes con la energía propia de su juventud y la administración de Washington tuvo que crear todo desde cero. Hamilton fue un revolucionario atípico: un administrador magistral y uno de los funcionarios públicos más competentes que engendraría nunca la política estadounidense. En palabras de un historiador: "Hamilton fue un genio de la administración" que "ejerció una influencia en el gabinete de Washington nunca igualada en la historia del sistema de gabinete estadounidense". Su cargo requería una persona de intelecto y de acción, un ejecutivo competente y un teórico político, un creador de sistemas que pudiera diseñar políticas interrelacionadas. También requería a alguien que pudiera crear un marco institucional compatible con los principios constitucionales. La práctica totalidad de los programas impulsados por Hamilton plantean cuestiones fundamentales de carácter constitucional, de manera que su formación jurídica y su labor en *El Federalista* le permitieron construir una maquinaria de gobierno efectiva y al mismo tiempo exponer sus fundamentos teóricos».

Dos ejemplos, representados en el musical de Miranda, demuestran el papel central de Hamilton en la administración de Washington y la dependencia y confianza inquebrantable de Washington en este joven.

El primero de ellos gira en torno a otra *magnum opus* de Hamilton: el informe sobre el crédito público elaborado en sus primeras semanas como secretario del Tesoro. Fruto de un «esfuerzo prolongado y hercúleo en solitario», el informe resumía los problemas económicos de Estados Unidos y recomendaba medidas correctivas para lidiar con la enorme deuda pública arrastrada desde la revolución.

A partir de la experiencia británica en terreno económico y ciertas innovaciones de la política económica francesa, una visión de los Estados Unidos como nación joven de grandes oportunidades, especialmente en la industria y el comercio, y argumentando que debe entenderse que la Constitución confiere «poderes implícitos, necesarios y adecuados» para ejercer las competencias delegadas expresamente por los estados en el gobierno federal, el informe abogaba por un sistema de crédito público diseñado para generar confianza en la deuda pública y los mercados de capital. Dos aspectos críticos del informe fueron la recomendación de que el gobierno federal asumiera las deudas de la guerra de los distintos estados y la creación de un banco nacional.

Como las deudas de la guerra de los estados agrícolas del sur tendían a ser mucho menores que las de los estados del norte, cada vez más centrados en la industria y los servicios financieros, el informe hizo patentes las divisiones latentes entre el norte y el sur. Madison, que hasta entonces había estado muy vinculado a Hamilton como demuestra su colaboración en *El Federalista*, rompió su relación con Hamilton. Se considera que esta ruptura precipitó el comienzo del sistema bipartidista norteamericano —divididos—, por una parte, en «Federalistas», principalmente situados en el norte, y más dedicados a la industria y el comercio, cuya cabeza visible era Hamilton, y que generalmente coincidían con Washington en su preferencia por un gobierno central robusto con un poder ejecutivo fuerte, y, por otra, en «Republicanos Demócratas», generalmente radicados en el sur, más agrícolas, que compartían con Jefferson y Madison la preferencia por preservar los derechos de los estados y una hostilidad general por un gobierno central fuerte o por un poder ejecutivo fuerte como contrapeso del Congreso.

El Congreso, dirigido por Madison, no estaba dispuesto a aprobar la asunción de la deuda. Tal y como escenifican los personajes de Miranda, Washington ordena a Hamilton que consiga una solución pactada:

«Washington: You have to find a compromise.

Hamilton: But they don't have a plan; they just hate mine.

Washington: Convince them otherwise... Figure it out Alexander. That's an order from your commander».

El acuerdo se alcanzó en una cena entre Hamilton, Madison y Jefferson en 1790, en la casa de Jefferson en Nueva York, capital del país por entonces. Apodada por los historiadores como «seguramente la comida más famosa de la historia del país» (y descrita con pena por el personaje de Aaron Burr de Miranda como «*the room where it happened*»), los líderes de las dos facciones acordaron «canjear» la aprobación de la asunción de la deuda por la fijación de la sede permanente de la capital norteamericana —con sede provisional en Filadelfia durante la construcción de la capital permanente— en el sur, en la ribera del río Potomac, en las cercanías, río arriba, de la hacienda de Washington en Mount Vernon, donde actualmente se encuentra Washington D. C.

En la práctica, el plan de Hamilton «ponía los cimientos inamovibles del poder federal en Estados Unidos. Así fue cómo el gobierno federal se apropiaba del grueso de los poderes de recaudación fiscal del país».

De esta forma, Hamilton, abogado de profesión y autor principal de *El Federalista*, dejaba su impronta más duradera como economista autodidacta que diseñó una economía estadounidense basada en el crédito y la industria, regida por un gobierno federal sólido con un poder ejecutivo fuerte. Su imagen en el billete de diez dólares y su identificación con «Wall Street» y la versión estadounidense del capitalismo no es ninguna casualidad. Washington, cuyo cargo y personalidad pública le exigían situarse al margen de las disputas políticas, pudo ver así materializada su propia visión sobre la forma adecuada que debía adoptar el gobierno estadounidense. Y, de nuevo, gracias a su mano derecha.

El otro ejemplo, durante la segunda legislatura de Washington, guarda ciertas similitudes.

Si el mayor logro del primer mandato de Washington fue sentar las bases para un estado poderoso y eficiente —basado en la financiación pública, un sistema fiscal eficaz, un servicio de aduanas y un banco central sólido—, su segundo mandato se centró en cuestiones de política exterior complicadas y de suma importancia, especialmente las relacionadas con la Revolución francesa. Para Hamilton (francoparlante

de nacimiento desde su infancia caribeña) y los federalistas representaba «un episodio sangriento que advierte de los peligros de que una revolución fracase», mientras que para los Jeffersonianos seguía siendo (pese a sus excesos) «una extensión esencial de la Revolución de Estados Unidos y del progreso democrático».

La historia se repetía: la batalla del Gabinete volvía a enfrentar a Hamilton y sus opiniones con Jefferson y las suyas. Como se ha señalado, «Hamilton y Jefferson habían nacido para odiarse: ambos de personalidad dominante, tenían maneras y genios totalmente opuestos. La rivalidad que surgiría entre los dos no era solamente de carácter doctrinal o de lucha por el poder político, sino que competían por la admiración y la aceptación de Washington. Los dos jóvenes veían en el presidente la figura de un segundo padre que ninguno estaba dispuesto a compartir».

En este contexto, y con el antecedente del apoyo francés a la Revolución de Estados Unidos casi dos décadas antes, la declaración de guerra de Francia contra Inglaterra en 1793 suponía un importante dilema en política exterior para el joven gobierno estadounidense. Como en el caso de las cuestiones de índole económica y constitucional inherentes al problema de la asunción de la deuda varios años atrás, Washington siguió el criterio de Hamilton y adoptó una política de neutralidad («imparcialidad amistosa») hacia las dos naciones enfrentadas.

Sentando un precedente vital para unos Estados Unidos que declaraban con orgullo su carácter independiente, y sirviendo de escudo ideológico contra futuros enredos europeos, la «Proclamación de Neutralidad» adoptada en abril de 1793 se considera el ejemplo más claro de la influencia de los federalistas bajo el mando de Washington en la historia de Estados Unidos, y el ejemplo más significativo de cómo la personalidad de Hamilton afectaba directamente al futuro de este país. «Con la Proclamación de Neutralidad, Hamilton siguió perfilando su visión sobre la política exterior de Estados Unidos a partir de una serie de premisas: que esta política debía basarse en el interés propio y no en vínculos afectivos; que el supuesto altruismo de las naciones enmascara generalmente motivaciones menos nobles; y que las personas a veces actúan de forma benevolente, pero raramente lo hacen las naciones».

De nuevo, Miranda logra reflejar la esencia del debate:

«Washington: Enough. Enough. Hamilton is right....We're too fragile to start another fight....Draft a statement of neutrality».

DISCURSO DE DESPEDIDA DE WASHINGTON – POR ÚLTIMA VEZ

A principios de febrero de 1795, aduciendo dificultades económicas por razón de su numerosa familia (los Hamilton tuvieron ocho hijos) y sus limitados ingresos como funcionario público, Hamilton dejó su cargo de secretario del Tesoro y retomó su profesión de abogado en el ejercicio privado. Pese a rechazar una oferta para ser el segundo presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, en su condición de destacado abogado en Nueva York siguió estando activo y expresando sus opiniones en relación con todos los asuntos públicos.

Washington sorprendió a propios y extraños cuando decidió no presentarse a las elecciones para un tercer mandato como presidente; al fin y al cabo, no tenía limitación de mandato y muchos estadounidenses esperaban que (como «padre de la nación») actuara como un monarca vitalicio; aun así, renunció al poder en un mundo en que los líderes siempre ansiaban más. En lo que sería la última colaboración con su *alter ego*, Washington pidió a Hamilton que escribiese un borrador del discurso de despedida. El objetivo de Washington era «crear un documento que perdurara en el tiempo y elevara al pueblo estadounidense por encima de las disputas entre partidos que habían desfigurado la vida pública». Por tanto, era natural que recurriera a Hamilton, a pesar de su salida del gobierno dos años antes: al fin y al cabo, «era la persona que mejor conocía lo que pensaba y sentía Washington».

El resultado está considerado como una obra maestra de la literatura y la primera y más completa declaración de los principios de la política exterior estadounidense (subrayando la conveniencia de mantener la neutralidad y evitar alianzas permanentes con otros países), así como un compendio de todas las ideas en política nacional que Hamilton había desarrollado bajo los auspicios de Washington durante los años a su servicio.

Miranda vuelve a captar la esencia de esta colaboración final:

«Washington: One last time.

Relax, have a drink with me.

One last time.

Let's take a break together.

And then we'll teach them how to say goodbye, to say goodbye.

You and I...

I wanna talk about neutrality....

I want to warn against partisan fighting....

Pick up a pen, start writing.

I wanna talk about what I have learned.

The hard-won wisdom I have earned....

We're gonna teach 'em to say goodbye.

You and I».

CONCLUSIÓN

Hamilton fue un hombre de un talento y un pragmatismo extraordinarios, «el apóstol clarividente del futuro económico de Estados Unidos», «el maestro constructor de un nuevo gobierno» y «un prodigio de inteligencia con un sentido estricto y recto de la integridad». Como se ha señalado, «resulta inútil buscar a otro hombre que en el mismo espacio de tiempo haya tenido una influencia tan directa y duradera sobre nuestras instituciones e historia».

Quizá el mayor tributo a los talentos de Hamilton se lo rindió Talleyrand, el diplomático camaleónico y cínico del viejo mundo que sobrevivió y prosperó en la turbulenta Francia posrevolucionaria y cuyo exilio americano de dos años le hizo entrar en contacto habitual con Hamilton, sobre el que comentó lo siguiente: «Considero a Napoleón, Hamilton y [el primer ministro británico] Fox como los tres hombres más brillantes de nuestra época y, si tuviera que elegir entre los tres, daría el primer lugar a Hamilton sin ningún género de dudas». Respecto a la reputación de Hamilton como funcionario público escrupulosamente honrado, se dice que Talleyrand consideraba asombroso que, después de varios años en las altas esferas de la administración, no se hubiera enriquecido lo suficiente (a diferencia de Talleyrand, un artista de los sobornos) como para no tener que trabajar hasta altas horas de la noche como abogado. (Como es sabido, Napoleón no le profesaba a Talleyrand la misma estima, dedicándole a este diplomático, aristocrático pero esencialmente corrupto, este comentario sarcástico: «*Monsieur, vous n'êtes que de la merde dans un bas de soie*»).

Washington y Hamilton, Hamilton y Washington: durante varias generaciones, se restó importancia al papel de Hamilton para dársela

al «indispensable» Washington. Actualmente, gracias a una biografía monumental y una magnífica interpretación artística de la misma, a este dúo de talentos complementarios se les considera compañeros de equipo, y a Hamilton tan indispensable como a Washington.

«Ninguno podría haber alcanzado por sí mismo los logros que consiguieron juntos. Washington quería ser una figura al margen de las disputas entre partidos, conservando su aura de símbolo de la revolución. Su estilo distante dejaba espacio para la actuación de un gestor firme, especialmente en materia económica, y así fue como Hamilton entró en escena [...].

Esta colaboración excepcional fue también posible porque el uno compensaba las debilidades del otro. Washington se mostraba a veces muy sensible ante las críticas y nunca olvidaba los desaires, pero aprendió a controlar sus emociones, lo que le permitía poner freno a la personalidad volátil de Hamilton. Hamilton podía ser a veces poco delicado y provocativo sin motivos, mientras que Washington se mostraba conciliador, con un sentido innato del decoro [...]. Por su personalidad, se podía contar con él para moderar los excesos de su secretario del Tesoro.

Quizá la razón principal para la buena sintonía de Washington y Hamilton fue que ambos deseaban la fusión de los trece estados en una sola nación respetada y funcional. [...] Con este objetivo en mente, Washington se prestó a ejercer como el escudo político que Alexander Hamilton necesitaba en su trayectoria para convertirse en el hombre más influyente y controvertido de Estados Unidos».

Tan inconcebible resulta pensar que el lacónico y sereno Washington («sobrio y moderado en toda situación» y «una persona que escuchaba profundamente [...] [y que a menudo] se veía rodeado de espléndidos oradores que sabían pontificar sobre todos los temas») se habría prestado a batirse en duelo, como comprensible que Hamilton, de carácter impetuoso, asertivo y audaz, perecería en uno.

Recordado principalmente como «el hombre del dinero», Hamilton fue mucho más que eso. Según relata Brookhiser, años después de su muerte, el primer y más destacado presidente del Tribunal Supremo de Estados Unidos, John Marshall, comentó que, comparado con Hamilton, sentía que era una simple vela junto al sol del mediodía. «Se merece una estatua en el Tribunal Supremo tanto como la que ya tiene en el Departamento del Tesoro».

Washington era considerado ciertamente un semidiós, «la fuente de sabiduría»: todo un caballero con el temperamento perfecto para el liderazgo y el don de permanecer en silencio cuando la ocasión lo requería. Tal y como observa el periodista e historiador Garry Wills, «antes de que existiera ni la nación ni una idea o un símbolo de esa nación (una bandera, una constitución, un escudo nacional), Washington era la encarnación de esta». Washington vio en Hamilton a su complemento ideal: una persona que nunca lo defraudaría o decepcionaría, y alguien a quien recurrir en situaciones de emergencia. Hamilton vio en Washington el medio ideal para dar rienda suelta (y también moderar) a su ambición, energía e impulsos. Como observa Chernow, «consiguió sus logros más importantes bajo los auspicios benevolentes de Washington y pareció perder su sentido ético cuando dejó de trabajar bajo su supervisión directa».

Fue una gran suerte y una feliz coincidencia para Estados Unidos (y el mundo en general) que los caminos de Washington y Hamilton se cruzaran y ambos colaboraran tan estrecha y eficazmente durante los años formativos del país.

BIBLIOGRAFÍA

La biografía esencial sobre Hamilton es la obra de casi 800 páginas de CHERNOW, R.: *Alexander Hamilton*, Penguin Press, 2004.

Convirtiéndose rápidamente en todo un éxito de ventas, la obra de Chernow también fue el origen del musical *Hamilton*. Estrenado en 2015, este espectáculo va camino de convertirse en el musical de Broadway más exitoso de la historia. El libreto completo, junto con un amplio texto complementario y material relacionado, se encuentra disponible en *Hamilton, The Revolution*, Grand Central Publishing, 2016, de MIRANDA L.-M. y MCCARTER, K. Si se prefiere un análisis musical divertido y sofisticado de esta compleja obra, véase el vídeo del *YouTuber* ALTOZANO, Jaime: «Hamilton: ¿Por qué ha sido una revolución?».

Otra biografía destacada de Hamilton es *Alexander Hamilton: American*, Touchstone, 2000, de BROOKHISER, R.

Una obra clásica breve sobre las relaciones entre los talentosos y complejos padres fundadores de Estados Unidos (incluyendo a Washington, Franklin, Hamilton, Jefferson, Madison y Adams), que incluye un capítulo fascinante sobre el duelo entre Burr y Hamilton, que le costó la vida a este último, es *Founding Brothers, The Revolutionary Generation*, Vintage Books, 2000, de ELLIS Joseph.

CHERNOW también es el autor de una excelente biografía sobre Washington, de una extensión similar a la de Hamilton, titulada *Washington: A Life*, Penguin

Books, 2010, que arroja luz sobre esta figura, tan celebre como, en última instancia, poco comprendida.

Otra biografía reseñable sobre Washington es *Washington: The Indispensable Man*, Little Brown, 1974, de FLEXNER, J. T.

Aunque en este trabajo se han seguido normas de estilo que no contemplan la utilización de notas a pie de página y notas finales, la gran mayoría de las citas incluidas en el texto pertenecen a las fuentes mencionadas.